

suenan de fondo, los compases en incesante y abrumador crescendo del *Bolero* de Ravel, a cuyo estreno Ethel asistió y cuenta a su hijo la emoción que le produjo la pieza, según ella *profética*, y el narrador, Le Clézio, deduce que tras la violencia sonora “el silencio posterior resulta terrible para los aturridos supervivientes”. No es aquel silencio material que consolida de modo rotundo la poesía de Rimbaud; este de la novela es metafísico, tenso y profundo tras la algarabía pero no mudo porque en él, al escuchar su respiración, se percibe un hambre de libertad y el atisbo simbólico de una esperanza.

Las ficciones de Le Clézio nunca son intrascendentes ni se sostienen en armazones frágiles. En contra de lo que se suele creer, sus obras resultan accesibles para cualquier lector de novelas, pero al mismo tiempo son exigentes con él. No hay que temerlas porque ni siquiera se les puede reprochar que sean tediosas. Con su refinado talento Le Clézio es muy capaz de dar a lo complejo un barniz de sencillez sin que por ello deje de ser lo que en realidad es, y domina como

Ningún otro escritor francés actual encarna como él los valores del mestizaje de raíz colonial

pocos el arte de la polifonía narrativa (*La cuarentena*). Creo que el secreto está en su dedicación casi obsesiva en trabajar con voluntad de orfebre una escritura que le sale a la vez limpia, grave, oscura, desazonadora y llevada al límite de su capacidad de sugerencia. Importa tener presente que Le Clézio afirma haber elegido la lengua francesa como única patria; ella lo define identitariamente y sólo en ella se siente reflejado. Una armoniosa fraternidad. Por eso su narrativa, hasta cierto punto camaleónica, viene determinada por la poderosa expresividad y precisión del lenguaje que maneja con la destreza de quien conoce todos sus registros, y por tanto es leyéndolo en francés cuando se descubre el verdadero calibre de Le Clézio, autor de vocación indomeñable que renueva constantemente sus retos y al que se atribuye una actitud elitista que en general sus libros desmienten.

Pienso con franqueza que *La música del hambre* es representativa del mejor Le Clézio –siempre arriesgado– y una excelente ocasión para entrar en su literatura, a cambio, eso sí, del esfuerzo que requiere la lectura de toda buena novela, ambiciosa en cuanto atrapa lo sustancial de la vida de una mujer y la inserta por elevación en el tiempo canalla que la forjó. De ahí surgió el hijo. Y su hambre de verdad. |

Novela Publicada en 1953, ‘Els catalans’ del inglés Patrick O’Brian (1914-2000) es un relato entre costumbrista y existencial sobre la Catalunya Nord

Una escapada al mundo antiguo

Patrick O’Brian
Els catalans
Traducción de
Concepció Iribarren

EDICIONS 62 /
EDHASA
231 PÁGINAS
19,50 EUROS

JULIÀ GUILLAMON

Patrick O’Brian, el afamado autor de la serie de novelas de aventuras en torno al capitán John Aubrey y el médico, naturalista y espía Stephen Maturin, vivió cincuenta años en Cotlliure y llegó a tener conocimientos bastante precisos de la manera de ser de los catalanes, hasta el punto que ambientó una de sus novelas en un pueblo imaginario, Sant Feliu dels Aspres, en el Rosellón. Acaba de traducirse y, aunque se trata de un libro de una factura un tanto antigua, podría ser un modelo. El primer capítulo

da lugar a la novela: la decisión de su primo Xavier de esposar a una joven separada, poniendo en peligro la carrera política y la hacienda familiar.

Estamos acostumbrados a leer novelas en que las descripciones obstruyen el argumento y la psicología oscurece la acción. Buen novelista clásico, O’Brian combina los diferentes elementos con elegancia narrativa y con un exquisito sentido del tiempo. Al terminar el primer capítulo los elementos principales del relato están sobre la mesa, el autor ha planteado un proble-

ma y ha creado un clima. A partir de ahí, se desarrolla una trama que combina elementos costumbristas (la descripción de la vida provincial, las intrigas de pueblo, la relación entre catalanes y franceses) con otros que proyectan en la novela una dimensión filosófica. Porque Xavier arrastra una congénita capacidad de amar. En uno de los capítulos principales se lo cuenta a su primo en una conversación que

dura hasta el alba y a la que el lector tiene la sensación de asistir en directo. Entre la novela de costumbres catalanas y el relato existencial, la trama propiamente dicha, que lleva al protagonista a indagar, entrevistarse con unos y otros, buscar una solución justa para complacer a la familia, a Xavier, a la joven Madelaine y que, al final, le llevará a enfrentarse a su propio destino, a resolver el dilema que se planteaba en las primeras páginas, cuando se montó en el tren de Narbona. Todo esto pasa en un escenario que nos es familiar, que escritores como Daniel Bezsonoff y Joan-Lluís Lluís nos han enseñado a conocer y a apreciar. Más próximos en algunos aspectos a la tradición francesa que a la catalana propia, sus relatos han representado una extraordinaria apertura de nuestro imaginario, como lo es también *Els catalans* de O’Brian. Un libro que, a diferencia de las novelas del retorno que a veces nos toca leer, es una novela abierta y con perspectivas. El capítulo de la vendimia, por ejemplo, en el que el doctor Roig se pone a prueba llevando a hombros una gran portadora, es sublime: la descripción de las casas del llano como si fueran cajitas, la cara colorada por las gotas de mosto, la machada de Alain que a punto está de provocar un accidente, la extraordinaria escapada al mundo antiguo. O’Brian nos traslada al terruño, nos transmite la tensión del momento, con toda su carga simbólica y, antes y después, nos ofrece apuntes del natural llenos de gracia.

Tipos humanos

Es también una novela de tipos humanos con la figura de la tía Margot y sus sueños de nobleza, y el joven pescador Francisco, abducido hasta la catástrofe por el clima artístico de Cotlliure. Hay muchas bromas, que empiezan por los nombres y apodos de los personajes (los Pou-nou, Jaime Camaire-rrou, en Menjé-Peix o en Sens-bargonya). Y de observaciones sobre el lenguaje, con burlas al exceso de retórica de las personas sin educación. Un fondo de paganismo conecta la novela de O’Brian con *La Venus d’Illa* de Prosper Mérimée y permite constatar que los escritores foráneos han visto siempre a los catalanes del norte como unos palurdos que encuentran jarras de Samos en los viñedos y estatuas de Venus entre las raíces de los olivos. Publicada en 1953, no escapa a la influencia cinematográfica, como se demuestra en la escena final, en el puerto de Marsella, y en el antepenúltimo capítulo en el que (seguramente con una licencia poética) sitúa en una población de la costa los disfraces del *dia de l’ós* de Prats de Molló y Sant Llorenç de Cerdans y presenta una Festa Major como una reedición de las Saturnalia. O’Brian sabía mucho y lo hacía bien. |



El escritor Patrick O’Brian, fotografiado en Barcelona en 1999

PEDRO MADUEÑO

ma y ha creado un clima. A partir de ahí, se desarrolla una trama que combina elementos costumbristas (la descripción de la vida provincial, las intrigas de pueblo, la relación entre catalanes y franceses) con otros que proyectan en la novela una dimensión filosófica. Porque Xavier arrastra una congénita capacidad de amar. En uno de los capítulos principales se lo cuenta a su primo en una conversación que

describe el retorno de un epidemiólogo de mediana edad, que trabaja en un laboratorio en Indochina, desde Narbona hasta su pueblo natal, entre Banyuls y Cervera de la Marenda. O’Brian combina la descripción del trayecto (las broncas para coger asiento, la visión del paisaje entrecortada por los túneles) con una ambientación pintoresca, donde no faltan algunas frases en catalán ni referencias al carácter supersticioso de los lugareños, que el doctor Alain Roig se alegra de reencontrar tras años de ausencia. La afortunada reconstrucción de este viaje permite armar la psicología del personaje (el hombre que regresa dispuesto a convivir con los suyos, a pesar de sus defectos) y plantear el conflicto que

A raíz del regreso de un doctor tras años de ausencia, la trama saca a la luz una serie de conflictos familiares

la una dimensión filosófica. Porque Xavier arrastra una congénita capacidad de amar. En uno de los capítulos principales se lo cuenta a su primo en una conversación que